

SEIS HORAS QUE CAMBIARON EL MUNDO

Colin S. Smith



 **Abre la Biblia**

Seis horas que cambiaron el mundo

© 2026 Colin S. Smith y Abre la Biblia

Traducido por Rodrigo Gómez.

Editado por Kevin Halloran y María del Carmen Atiaga.

Permisos: Tienes autorización y te animamos a reproducir y distribuir este material para uso personal o ministerial, mientras no alteres o cambies las palabras en ninguna forma y no exijas un pago (más allá del costo de reproducir estos materiales de manera impresa). Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por Internet sin permiso escrito de Abre la Biblia. Cualquier excepción a lo previamente establecido debe ser aprobada por Abre la Biblia.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

¿Prefieres escuchar?



Este libro está basado en una serie de enseñanza titulado **7 Palabras desde la cruz** disponible en AbrelaBiblia.org y [en nuestro podcast diario](#).

Introducción

Jesús fue crucificado a las 9 de la mañana.

Murió a las 3 de la tarde.

Lo que sucedió durante esas seis horas cambió el mundo.

Durante esas horas, Jesús sufrió y murió en la cruz, y por lo que Él logró ese día, la vida y la eternidad de millones fueron transformadas para siempre.

Este libro recorre esas seis horas a través de las siete palabras que Jesús pronunció desde la cruz, revelando el amor extraordinario que Él tiene por nosotros... un amor como nadie más ha demostrado jamás... un amor que nadie más podría ofrecer. Incluye oraciones para acompañarte mientras lees *Seis horas que cambiaron el mundo*.

9 de la mañana
La primera palabra

Padre, perdónalos...

*Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», crucificaron allí a Jesús y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». **Lucas 23:33-34***

Los hombres que clavaron a Jesús en la cruz no creían estar haciendo nada malo. No tenían mala conciencia. No sentían que tuvieran que pedir perdón a Dios. Estaban cometiendo el pecado más terrible de la historia de la humanidad y Jesús dijo que no sabían lo que hacían.

Esto nos enseña algo importante. No puedes saber qué es el pecado basándote en tus propios sentimientos sobre lo que está bien y lo que está mal. Si confías en tu propia intuición, pecarás y ni siquiera te darás cuenta. Ellos no sabían lo que hacían (Lucas 23:34). Necesitamos que Dios nos diga qué es el pecado, y Él lo hace a través de Su Palabra. Pablo dijo: «*Si no fuera por la Ley, no me habría dado cuenta de lo que es el pecado*» (Romanos 7:7, NVI).

¿Qué estaban haciendo?

Se estaban excluyendo a sí mismos de un cielo glorioso

C. H. Spurgeon pinta un cuadro convincente. «Veo una puerta perlada, y más allá de ella hay un mundo de luz y alegría. Un hombre está parado afuera, con un martillo y clavos. Está clavando

barras en la puerta perlada para excluirse a sí mismo». El pecado excluye a las personas del cielo. Si pudieras ver el gozo que estás rechazando, no pecarías.

Los soldados que clavaron a Jesús en la cruz vivirían unos años más en la tierra y luego entrarían en la eternidad. Estaban cara a cara con el Hijo de Dios, dueño del cielo. Un ladrón que fue crucificado con Jesús aprovechó la oportunidad y se acercó con fe: «*Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*» (Lucas 23:42). Pero los soldados que clavaron a Jesús en la cruz no sabían lo que estaban haciendo.

Estaban preparando para sí mismos un infierno eterno

El pecado trae tristeza en esta vida y juicio en la vida venidera. Si supieras la tristeza y el juicio que un solo pecado traería a la luz de la eternidad, no lo cometerías.

Dios siempre actúa con perfecta justicia, lo que significa que nadie será juzgado por un pecado que no cometió, pero cada persona será juzgada por cada pecado que haya cometido. Y una persona en el infierno daría cualquier cosa por haber cometido un solo pecado menos.

Dios juzgará cada pecado en proporción al peso que tiene a Sus ojos. Los peores pecados serán juzgados con mayor severidad. Entonces, ¿qué tipo de infierno se prepararía para aquellos que clavaron al Hijo de Dios en la cruz? No es de extrañar que Jesús dijera: «No saben lo que hacen».

Estaban crucificando al Hijo de Dios

Los que condenaron a Jesús no sabían quién era Él. Si lo hubieran sabido, «*no habrían crucificado al Señor de la gloria*» (1 Corintios 2:8).

Cada vez que pecas, estás pecando contra Dios (Salmo 51:4). Spurgeon dijo: «Cada vez que un hombre peca, le da un golpe a la corona de Dios». Puede que esa no sea tu intención, pero cada vez

que maldices, mientes, juras o infringes la ley de Dios de cualquier manera, eso es lo que haces. El pecado es más que infringir un código moral, es una ofensa, una afrenta, un insulto contra Dios, y no entiendes lo que es hasta que ves contra quién pecas.

Lo que Jesús oraba por sus enemigos

Jesús podría haber orado con perfecta justicia: «Padre, destrúyelos», pero no lo hizo. En cambio, oró: «*Padre, perdónalos*». Cuando Jesús oró esto, estaba construyendo un puente por el cual los peores pecadores podían venir en arrepentimiento al Padre.

¿Cómo es esto posible?

El pecado del hombre alcanzó su máximo horror y su expresión más atroz cuando crucificamos al Hijo de Dios. Si hubo algún momento en la historia de la humanidad en el que el juicio de Dios tenía que caer, fue ese. Pero cuando Jesús clamó: «*Padre, perdónalos*», se aisló a sí mismo bajo el juicio de Dios. Jesús sabía que el juicio tenía que llegar, pero clamó al Padre: «No lo dejes caer sobre ellos, déjalo caer sobre Mí, y solo sobre Mí. Déjame ser el pararrayos de tu juicio. Déjame ser el sacrificio por sus pecados».

Este es el corazón del evangelio. Jesús se sometió al juicio por los pecados que se cometieron contra Dios. Le pidió al Padre que desviara el castigo de tus enemigos y lo absorbió en sí mismo. Y, de esta manera, se liberó el perdón.

El juicio de Dios por el pecado humano se derramó sobre Jesús. Él lo soportó en la cruz, y así es como construyó el puente por el que puedes venir y recibir el perdón de Dios.

Cuando Jesús dijo: «*Padre, perdónalos*», esta solicitud es lo suficientemente amplia como para que puedas entrar en ella. Dios ofrece perdón completo y gratuito a toda persona que acuda a Jesús con fe y arrepentimiento.

Oración

Padre, cuando peco,
no sé lo que estoy haciendo.

Cuando me siento tentado a pecar,
ayúdame a ver el horror del infierno
que el pecado trae consigo,
y la gloria del cielo
que el pecado aleja.

Ayúdame a ver cuán grande es la ofensa
que este pecado con el que estoy siendo tentado
es para Ti, para que no caiga en él.

Y cuando peque,
ayúdame a volver rápidamente a Ti.

Gracias por el regalo de Tu perdón.
Ayúdame a creer que el sacrificio de Tu Hijo
es suficiente para cubrir todos mis pecados.

11 a.m.
La segunda palabra

Hoy estarás conmigo en el paraíso.

*Uno de los malhechores que estaban colgados allí le lanzaba insultos, diciendo: «¿No eres Tú el Cristo? ¡Sálvate a Ti mismo y a nosotros!». Pero el otro le contestó, y reprendiéndolo, dijo: «¿Ni siquiera temes tú a Dios a pesar de que estás bajo la misma condena? Nosotros a la verdad, justamente, porque recibimos lo que merecemos por nuestros hechos; pero este nada malo ha hecho». Y añadió: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino». Entonces Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». **Lucas 23:39-43***

Aquí hay un hombre en las últimas horas de su vida, completamente perdido e indefenso, todavía enojado con Dios. El sufrimiento puede sacar lo peor de nosotros, intensificando nuestro antagonismo hacia Dios.

«Uno de los malhechores que estaban colgados allí le lanzaba insultos» (Lucas 23:39). Se puede sentir su hostilidad hacia Jesús: «¿No eres Tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!»

Este hombre se había entregado a una vida de crimen y ahora su vida estaba llegando a su fin. Estaba a solo unas horas de la eternidad. Estaba bajo el juicio de la ley por delitos contra la sociedad, y pronto se enfrentaría al juicio de Dios.

Al otro lado de Jesús colgaba otro criminal en exactamente la misma posición. Y este hombre también insultaba a Jesús (Mateo 27:44).

Pero entonces algo cambió. Un silencio invadió su alma y tal vez por primera vez en su vida, pensó en su propia situación. Había pasado por la vida sin profundizar, viviendo de su ingenio y pasando de una cosa a otra. Pero ahora su vida se le escapaba. No lo había planeado y tampoco se había preparado para ello.

Como judío, había creído en Dios, pero su creencia nunca había afectado su vida. Ahora veía con asombrosa claridad que, antes de que terminara el día, estaría ante la presencia de Dios y tendría que rendir cuentas por cómo vivió su vida.

Mientras estos pensamientos pasaban por su mente, oyó la voz lejana de maldiciones e insultos que provenían del otro lado de Jesús. Entonces reprendió al otro criminal: *«¿Ni siquiera temes tú a Dios a pesar de que estás bajo la misma condena? Nosotros a la verdad, justamente, porque recibimos lo que merecemos por nuestros hechos; pero este nada malo ha hecho»* (Lucas 23:40-41).

Entonces la voz del ladrón se suavizó y le dijo a Jesús: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino». Y Jesús le respondió: *«En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso»* (Lucas 23:42, 43). Jesús rescató a un hombre que estaba destinado al infierno del borde de la destrucción eterna y le dio pleno acceso a las alegrías de la vida eterna.

Cómo Jesús trae esperanza

C. H. Spurgeon señaló que el ladrón fue el último compañero de nuestro Señor en la tierra y su primer compañero en el cielo. La salvación del ladrón nos abre la puerta de la esperanza a todos nosotros. Si este sinvergüenza pudo convertirse en compañero de

Jesús en el cielo, hay esperanza para todas las personas. La historia del ladrón nos muestra cómo.

El ladrón comenzó a temer a Dios.

«¿Ni siquiera temes tú a Dios?», le dijo al otro criminal (Lucas 23:40).

Reconoció su condición pecaminosa.

No puso excusas, sino que dijo: «Recibimos lo que merecemos *por nuestros hechos*» (Lucas 23:41).

Creyó en el Señor Jesucristo.

Al decir: «Cuando vengas en *Tu reino*», reconocía que Jesús es un rey (Lucas 23:42).

Y le pidió a Jesús que lo salvara.

«Jesús, *acuérdate de mí* cuando vengas en Tu reino» (Lucas 23:42).

No hay fe más sencilla que esa y Jesús salvó a este hombre en ese mismo instante. «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lucas 23:43).

Cuando temes a Dios, reconoces tu condición pecaminosa, crees en el Señor Jesucristo y le pides que te salve, el cielo será tuyo.

Jesús salva por gracia

La historia del ladrón deja maravillosamente clara la gracia que Dios nos ha concedido. Este hombre no tenía buenas obras que ofrecer. A. W. Pink preguntó: «¿Qué más podía hacer? No podía caminar por el camino de la justicia porque tenía un clavo en cada pie. No podía realizar ninguna buena obra porque tenía un clavo en cada mano. No podía dar vuelta a la página y vivir una vida mejor

porque se estaba muriendo». Tu entrada en el cielo no depende de tu desempeño en la vida cristiana. Es un regalo de Cristo para todos los que se vuelven a Él con fe.

Jesús da una seguridad completa

Cuando el ladrón dijo: «*Acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino*», Jesús no respondió: «Bueno... tendremos que esperar y ver». Él dijo: «*¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!*».

Si nuestras obras tuvieran algo que ver con nuestra salvación, nunca podríamos estar seguros del cielo. ¿Cómo podríamos saber si hemos hecho lo suficiente? La buena noticia es que tu salvación no depende de lo que tú hayas hecho por Jesús, sino de lo que Jesús ha hecho por ti.

Cuando Jesús dijo: «*En verdad te digo*» (Lucas 23:43), la palabra que utilizó fue «*amén*». «¡Amén! Hoy estarás conmigo en el paraíso». Ahí hay alegría. Jesús dice «amén» a la fe más sencilla. Así que nunca imagines que Jesús es reacio a salvarte. Él no busca mantenerte fuera del cielo; su deleite es llevarte a él.

Jesús promete un gozo indescriptible

Jesús prometió al ladrón una entrada inmediata en el cielo. «¡El paraíso! ¡Hoy!».

La muerte no conduce a un largo período de inconsciencia. Tampoco conduce a un largo proceso de preparación. Para un creyente cristiano, la muerte es una traslación inmediata a los gozos de la vida a la diestra de Dios. Estar lejos del cuerpo es estar en casa con el Señor (2 Corintios 5:8).

El mayor gozo del cielo es la presencia de Jesús. «*El Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a manantiales de aguas de vida*» (Apocalipsis 7:17). Jesús mismo te llevará a todos los gozos del cielo.

Oración

Padre, ayúdame a superar todas las barreras
que me impida poner
mi fe en Jesús hoy.

Ayúdame a creer que,
cuando confíe en Jesús...

Tú me perdonarás y
me adoptarás en Tu familia.
Me salvarás solo por Tu gracia.

Y un día abrirás
las puertas del cielo
para darme la bienvenida.



| **Abre la Biblia**

PELÍCULA GRATIS

EL CIELO, CÓMO LLEGUÉ AQUÍ:

La historia del ladrón en la cruz



Escanea el código QR
para ver el video o visita
abrelabiblia.org/cielo



En YouTube @abrelabiblia
y en abrelabiblia.org/cielo

11:50 a.m.
La tercera palabra

¡Mujer, ahí está tu hijo!

*Y junto a la cruz de Jesús estaban Su madre, y la hermana de Su madre, María, la mujer de Cleofas, y María Magdalena. Y cuando Jesús vio a Su madre, y al discípulo a quien Él amaba que estaba allí cerca, dijo a Su madre: «¡Mujer, ahí está tu hijo!». Después dijo al discípulo: «¡Ahí está tu madre!». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa. **Juan 19:25-27***

Jesús había estado en la cruz durante tres horas y solo había hablado tres veces. ¡Tres frases en tres horas! El resto del tiempo, Jesús permaneció completamente en silencio en Su sufrimiento. Los minutos pasaban como horas; debió parecerle interminable.

¿Cómo fue para María ver a su Hijo durante esas horas? Cuando fue clavado en la cruz, Jesús alzó la vista y dijo: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*». Luego, silencio. Entonces Jesús se volvió para hablar al ladrón y le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Luego, guardó silencio otra vez. Y entonces Jesús bajó la vista y le habló a Su madre.

Cuando Jesús nació, un anciano llamado Simeón le dijo a María: «*Una espada traspasará aun tu propia alma*» (Lucas 2:35). Seguramente estas palabras vinieron a la mente de María cuando las manos y los pies de Jesús fueron traspasados en la cruz.

Mientras los soldados se repartían su túnica, Jesús miró con amor a Su madre. Con gran compasión le dijo: «*¡Mujer, ahí está tu hijo!*». Luego se volvió hacia Juan y le dijo: «*¡Ahí está tu madre!*» (Juan 19:26-27).

¿Cómo podría Juan reemplazar a Jesús? Quienes han experimentado la pérdida de un hijo o una hija saben que es irremplazable. Decirle a una madre que pierde a un hijo: «Al menos tienes otros hijos», es no comprender el vínculo único que existe entre una madre y el hijo al que dio a luz.

María encontró una alegría indescriptible en el nacimiento de su Hijo y, cuando Él sufrió, sintió una pérdida irremplazable. Juan nunca podría ocupar el lugar de Jesús. Así que aquí estaba sucediendo algo más que Jesús asegurando el cuidado futuro de Su madre. La relación entre Jesús y María estaba cambiando.

Marcos relata una ocasión en la que María y los hermanos de Jesús vinieron a buscarlo. Había una multitud sentada alrededor de Él, y le dijeron: «Tu madre y Tus hermanos están afuera y te buscan». «¿Quiénes son Mi madre y Mis hermanos?», les dijo Jesús. Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él, dijo: «*Aquí están Mi madre y Mis hermanos. Porque cualquiera que hace la voluntad de Dios, ese es Mi hermano, y hermana y madre*» (Marcos 3:32-35).

¿Qué pensó María cuando escuchó estas palabras? De alguna manera, su relación única con Jesús estaba a punto de cambiar. Habría una nueva familia que no se centraría en María, sino en Jesús.

A medida que la vida de Jesús se apagaba, la relación entre María y nuestro Señor estaba cambiando. Cuando María se encontraba al pie de la cruz, su corazón debía estar gritando: «Hijo mío, hijo

mío...». Pero Jesús le decía: «No, ya no debes pensar en mí como tu hijo. Mujer, ahí está tu hijo. A partir de ahora, Juan ocupará ese lugar en tu vida».

Entonces, si Juan era ahora su hijo, ¿cómo debía María considerar a Jesús? Como su Salvador y su Señor.

Cuando el ángel le anunció a María que iba a tener un hijo, ella respondió: «*Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador*» (Lucas 1:47). María veía a Dios como su Salvador, pero ¿cómo la salvaría Dios? El hijo de María murió, y en Su muerte se convirtió en su Salvador. María perdió a un Hijo irremplazable, pero ganó un Salvador incomparable! Su ganancia fue mucho mayor que su pérdida.

Si María pudiera hablarnos hoy...

María lleva 2000 años en el cielo y, si pudiera hablarnos hoy, tal vez diría: «La vida que Jesús me dio es mucho mayor que la vida que yo le di a Él». «*Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*» (Juan 3:6).

María tenía una relación única con Jesús, pero eso cambió en la cruz. Jesús dejó en claro que Juan ocuparía su lugar como hijo de ella. María entró en el cielo, no porque Jesús fuera su hijo, sino porque Jesús es su Salvador.

María era una mujer piadosa. Era paciente y amable, buena y sincera. María fue bendecida, pero incluso ella entró en el cielo por su fe en Jesús. Si María buscó a Jesús para que la salvara, todas las personas que han tratado de vivir una vida buena deben hacer lo mismo. No dejes que el bien que has hecho te impida aceptar a Jesús como tu Salvador.

Oración

Padre, ayúdame a ver mi necesidad
de un Salvador en la historia de María.

Tú conoces la vida que he vivido,
lo bueno y lo malo que he hecho.

Que mis buenas intenciones y obras
nunca me impidan ver mi necesidad de Jesús,
ni me impidan abrazarlo como mi Salvador.

Hoy me presento ante Ti con las manos vacías,
porque no tengo nada que ofrecerte.

Me humillo a los pies de la cruz,
confiando en que Tú me levantarás.

3 p.m.
La cuarta palabra

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y alrededor de la hora novena, Jesús exclamó a gran voz, diciendo: «Elí, Elí, ¿lema sabactani?». Esto es: «Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has abandonado?». Mateo 27:45-46

Marcos nos dice que Jesús fue crucificado a la hora tercera (Marcos 15:25), que habría sido a las nueve de la mañana. Cuando fue clavado en la cruz, Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

La mañana transcurrió entre las burlas de la multitud y los insultos de los ladrones a ambos lados de Jesús. Las nueve, las diez, las diez y media... En algún momento de la mañana, uno de los ladrones le pidió a Jesús que se acordara de él, y Jesús le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (23:43). Luego Jesús le dijo a María: «Mujer, ahí está tu hijo» (Juan 19:26).

Al mediodía, después de que Jesús hubiera soportado tres horas de agonía e insultos, ocurrió algo nuevo y Cristo entró en el corazón de su pasión. «Desde la hora sexta [mediodía] hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena [tres de la tarde]» (Mateo 27:45).

Dios apagó la luz. Cuando Jesús nació, había luz a medianoche y, cuando fue crucificado, había oscuridad al mediodía. La repentina oscuridad nos dice que algo nuevo estaba sucediendo. Jesús estaba entrando en el corazón de Su obra como Aquel que lleva nuestros pecados.

La oscuridad nos recuerda que los acontecimientos que tuvieron lugar en esas horas están más allá de tu comprensión. Pero hay algunas cosas que sabes porque Dios te las ha dicho.

Jesús llevó nuestros pecados en la cruz

Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz (1 Pedro 2:24).

Al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5:21).

Pero el Señor hizo que cayera sobre Él, la iniquidad de todos nosotros (Isaías 53:6).

Jesús llevó el castigo por tus pecados

El castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él (Isaías 53:5).

Cristo Jesús, a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por Su sangre (Romanos 3:24-25).

Él mismo es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan 2:2).

Propiciación significa que Jesús soportó el castigo por el pecado. Él soportó todo lo que es el infierno en la cruz.

Jesús estuvo completamente solo en Su sufrimiento

En la oscuridad, Jesús clamó: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». El Padre no dejó de amar al Hijo, pero el consuelo del amor del Padre estaba fuera del alcance del Salvador.

Aquí entramos en el misterio más profundo de lo que sucedió en esa oscuridad. Los terrores del juicio del Padre se derramaron sobre el Salvador. Trata de comprender lo que estaba sucediendo aquí. Jesús se convirtió en el portador de nuestros pecados y fue sumergido en todos los tormentos del infierno. Y en lo más profundo de su agonía, Jesús clamó: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

Tres ventanas a la cruz

Estas palabras de Jesús abren tres ventanas a lo que estaba sucediendo en la cruz: la naturaleza del pecado, los dolores del infierno y el alcance del amor de Dios.

Jesús sufrió por los pecados en la cruz. Nuestra codicia indulgente, nuestro orgullopreciado, nuestros deseos pecaminosos secretos fueron puestas sobre Él. Aprende a odiar el pecado en la cruz al ver lo que tu pecado le hizo a Jesús. Mira cómo fue abandonado por ti y pregúntate: «¿Qué pecado hay que no pueda abandonar por Él?».

Jesús sufrió el infierno en la cruz. Sufrió conscientemente en la más negra oscuridad, rodeado de poderes demoníacos, cargando con el pecado, bajo juicio y separado del amor de Dios. Esto es el infierno y Él lo soportó por nosotros. Lo peor del infierno es estar separado del amor de Dios para siempre. Jesús soportó el infierno en la cruz para que tú nunca supieras lo que es ese infierno.

El amor de Dios se manifiesta en la cruz y la magnitud de su amor se puede medir por el precio que pagó para redimirte. Antes de crear el universo, Dios Padre te tenía en mente e hizo planes para ti con amor. Antes de que nacieras, Dios Hijo tomó tu carne. Vivió una vida perfecta por ti. Luego fue a la cruz por ti. Dios hizo todo esto para salvarte. ¿Qué mayor prueba podría haber de Su amor por ti?

Puede que haya momentos en tu vida en los que no puedas *sentir* el amor o la presencia de Dios. Cuando lleguen esos momentos, debes saber que Jesús también los ha vivido. Cuando Jesús estaba en la oscuridad, dijo: «Dios *mío*, Dios *mío*, ¿por qué me has abandonado?». Fíjate en que Jesús seguía refiriéndose al Padre como *mi* Dios, incluso cuando ya no podía sentir el consuelo de Su amor. Estas palabras fueron una declaración de fe de los labios de Jesús. Cuando no puedas sentir el amor de Dios, puedes ejercer la misma fe. Dios dice: «*Nunca te dejaré ni te desampararé*» (Hebreos 13:5). Tienes un Salvador al que siempre puedes acudir, incluso en los momentos más oscuros de tu vida.

Oración

Padre, ayúdame a ver Tu amor por mí en la cruz.

Ayúdame a considerar lo que mi pecado le hizo a Tu Hijo
en la cruz, para que aprenda a odiarlo.

Gracias porque Jesús soportó el infierno en la cruz,
para que yo nunca supiera lo que es.

Padre, cuando no pueda sentir Tu amor,
ayúdame a recurrir a Mi Salvador,
que fue abandonado, y encontrar en Él
la fuerza que necesito.

3 p.m.
La quinta palabra

Tengo sed.

*Después de esto, sabiendo Jesús que todo ya se había consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí una vasija llena de vinagre. Colocaron, pues, una esponja empapada del vinagre en una rama de hisopo, y se la acercaron a la boca. Entonces Jesús, cuando hubo tomado el vinagre, dijo: «¡Consumado es!». E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. **Juan 19:28-30***

Jesús había estado en la cruz durante seis horas, y con cada hora que pasaba, Su sufrimiento aumentaba. La fiebre debió haberlo invadido a medida que las heridas alrededor de los clavos en sus manos y pies se agrandaban. La deshidratación debió haber comenzado a medida que Su sangre se derramaba. Debió haber sentido como si todo Su cuerpo estuviera en llamas.

De todas las palabras que Jesús pronunció desde la cruz, esta fue la única vez que se refirió a Su propio sufrimiento. Antes había hablado de perdonar a los demás, de abrir el paraíso, de cuidar de su madre y de expresar la angustia de haber sido abandonado por Su Padre. Pero «*Tengo sed*» surgió de la agonía de Su propio sufrimiento.

Cómo Jesús cumplió las Escrituras

Cuando Jesús dijo: «*Tengo sed*», estaba cumpliendo las Escrituras. El Salmo 22 comienza con las palabras: «*Dios mío, Dios mío, ¿por*

qué me has abandonado?». Y todo el salmo es una profecía de lo que Jesús soportó en la cruz.

Me horadaron las manos y los pies (22:16).

Todos los que me ven, de mí se burlan; hacen muecas con los labios, menean la cabeza (22:7).

Se reparten entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echan suertes (22:18).

Después de seis horas en la cruz, Jesús estaba tan sediento que dijo: *«Tengo sed»*. Incluso esto fue profetizado en el Salmo 22: *«Como un tiesto se ha secado mi vigor, y la lengua se me pega al paladar» (22:15).*

En otro salmo leemos: *«Cansado estoy de llorar; reseca está mi garganta» (69:3).* *«Y por comida me dieron hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre» (69:21).* Jesús estaba cumpliendo conscientemente las Escrituras cuando dijo: *«Tengo sed»*.

Jesús vino a darles agua viva

«Si alguien tiene sed, que venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como ha dicho la Escritura: “De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva”» (Juan 7:37-38).

«Pero el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna» (Juan 4:14).

Pero ¿cómo llega a nosotros esta agua viva? Hay una historia en el Antiguo Testamento de cuando el pueblo de Dios estaba en el desierto y necesitaba agua. Dios le dijo a Moisés: *«Golpearás la peña, y saldrá agua de ella para que beba el pueblo» (Éxodo 17:6).* Golpear la roca era una imagen de lo que sucedió en la cruz. Jesús tuvo sed para que nosotros, que tenemos sed, pudiéramos recibir el Agua Viva.

Mira tu vida y te darás cuenta de que es el reflejo de la profunda sed de tu alma. Tenemos sed de riqueza, honor, aplausos y placer. Pero Jesús nos dará agua que nos satisfará cuando vayamos a Él y le digamos: «Señor Jesús, tengo sed».

Cuando la fe te une a Jesús, Su muerte y resurrección se vuelven tuyas. La fe trae la presencia de Jesús a tu alma, y Su presencia será una fuente de agua que brota para vida eterna (Juan 4:14).

Jesús ha estado allí

Todos sufrimos de diversas maneras, pero en algún momento de tu vida sufrirás de una manera que te llevará al límite de tu resistencia. Cuando eso suceda, recuerda que Jesús ha estado allí.

Edward Shillito fue un ministro inglés que sobrevivió a los horrores de la Guerra de trincheras en la Primera Guerra Mundial. Fue testigo de un sufrimiento espantoso, lo que le convenció de que un mundo que sufre necesita un Salvador que sufra. Escribió un poema titulado *Jesús de las cicatrices*:

Los otros dioses eran fuertes, pero Tú eras débil;

Ellos cabalgaban, pero Tú tropezaste hasta llegar al trono;

Pero solo las heridas de Dios pueden hablar a nuestras heridas,

Y ningún dios tiene heridas, solo Tú.

¿A dónde puedes acudir cuando estás al límite de tu resistencia al sufrimiento? Puedes acudir al Salvador, que tiene heridas en las manos y los pies. Cuando tu sufrimiento parezca insoportable, acércate al Salvador, que dijo: «*Tengo sed*». Él sufrió y por eso es capaz de ayudar a quienes sufren.

Oración

Padre, gracias porque por la cruz,
Jesús sabe lo que es tener sed y sufrir.

Cuando siento sed de riqueza, honor, aplausos o placer,
recuérdame que son cisternas rotas
que no pueden retener el agua.

Confieso que cuando sufro,
a menudo me siento tentado
a buscar en cualquier parte excepto en Ti.

Gracias porque Tu Hijo es el Salvador
al que puedo acudir en mi necesidad
y encontrar agua viva para mi alma sedienta.

3 p.m.
La sexta palabra

¡Consumado es!

*Después de esto, sabiendo Jesús que todo ya se había consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí una vasija llena de vinagre. Colocaron, pues, una esponja empapada del vinagre en una rama de hisopo, y se la acercaron a la boca. Entonces Jesús, cuando hubo tomado el vinagre, dijo: «¡Consumado es!». E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. **Juan 19:28-30***

Jesús ha pasado por la agonía de Su sufrimiento y ahora anuncia Su victoria: «¡Consumado es!». ¿Qué fue consumado? La larga pesadilla del sufrimiento de Jesús, el ciclo completo de Su obediencia, la batalla decisiva contra Su enemigo y la obra completa de Su expiación.

Jesús terminó la larga pesadilla de Su sufrimiento

En los últimos momentos del sufrimiento de Jesús en la cruz, alguien le acercó a los labios una esponja empapada en vinagre, y cuando Jesús hubo bebido, dijo: «¡Consumado es!» (Juan 19:30). El vinagre fue la última humillación. Este fue el final de Su sufrimiento.

Jesús ya no está sufriendo. La cruz está vacía. Él ha terminado con eso. Resucitó de entre los muertos, está sentado a la diestra del Padre en el cielo, y todo poder y autoridad le pertenecen.

Necesitamos un Salvador que haya triunfado sobre el sufrimiento y eso es lo que tenemos en Jesús.

Jesús completó el ciclo completo de Su obediencia

La noche antes de morir, Jesús pudo decir: «[Padre], Yo te glorifiqué en la tierra, habiendo terminado la obra que me diste que hiciera» (Juan 17:4). Jesús vivió una vida perfecta. Hizo todo lo que Dios Padre le pidió. Cada mandamiento de Dios fue cumplido por el Señor Jesucristo.

A lo largo de su vida, Jesús amó a Dios Padre con todo Su corazón, alma, mente y fuerzas, y amó a Su prójimo como a Sí mismo. Esta vida perfecta ahora estaba completa, y Jesús estaba a punto de entregarla, por lo que exclamó: «Consumado es».

Jesús terminó la batalla decisiva contra Su enemigo

Jesús vino al mundo para destruir las obras del diablo y enfrentarse a él fue el primer acto de Su ministerio. El Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo, y a lo largo de Su ministerio vemos a Jesús expulsando a los espíritus malignos que destruían la vida de las personas.

La cruz parecía una victoria decisiva para el mal, pero nada podía estar más lejos de la verdad. A través de la cruz, Jesús triunfó sobre Satanás, liberándonos del poder del diablo (Hebreos 2:14-15). Jesús es capaz de salvar a los pecadores y no hay nada que Satanás pueda hacer para detenerlo.

Jesús completó la obra de Su expiación

Jesús vino a buscar y salvar a los perdidos. Vino a dar su vida en rescate por muchos, y en la cruz completó esta obra. Ofreció el sacrificio perfecto, hizo una expiación completa, venció al infierno

y eliminó para siempre la condenación de todos los que creen en Él. Todo esto se completó en la cruz.

Jonathan Edwards dijo: «Aunque se habían ofrecido millones de sacrificios, nada se había hecho para comprar la redención antes de la encarnación de Cristo... así que nada se hizo después de Su resurrección para comprar la redención de los hombres. Tampoco se hará nada más por toda la eternidad».

Cuando Jesús es tuyo

Solo hubo una persona que pudo decir verdaderamente: «Consumado es». Solo Jesús pudo decirle al Padre: «Yo te glorifiqué en la tierra, habiendo terminado la obra que me diste que hiciera» (Juan 17:4). Quizás deseáramos poder decir lo mismo, pero no podemos. Cuando hemos hecho nuestro mejor esfuerzo, solo hemos dado un pequeño paso para cumplir los mandamientos de Dios.

Entonces, ¿qué esperanza hay para personas como nosotros, que no hemos hecho lo que Dios nos ha llamado a hacer?

La fe te une a Jesús, y cuando eres suyo, Dios cuenta todo lo que Él ha logrado como tuyo.

Cuando Jesús es tuyo, eres perdonado, aceptado y amado. Jesús completó la obra de la expiación, y cuando estás en Cristo, todos tus pecados han sido perdonados. No tienes que hacer nada para ser amado y aceptado por Dios.

Cuando Jesús es tuyo, ya has cumplido todo lo que Dios requiere de ti. Jesús completó el ciclo completo de la obediencia. Él hizo todo lo que Dios nos exige, y Dios, en Su gracia y misericordia, cuenta lo que Jesús hizo como nuestro. Martín Lutero observó: «La ley dice: “Haz esto”, y nunca se hace. Pero la gracia dice: “Cree

en esto”, y todo ya está hecho». Cuando tu esperanza del cielo descansa en la obra de Cristo, esa esperanza es segura, porque la obra de Cristo está completa.

Cuando Jesús es tuyo, el diablo es un enemigo derrotado. Jesús completó la victoria decisiva sobre Satanás, por lo que, aunque el pecado siempre será tu enemigo, en Cristo ya no será tu amo. Deja que eso sea un estímulo para ti cuando te sientas derrotado. Con la fuerza de Jesús podrás resistir los pecados que antes te vencían. Cuando Dios está contigo, ¿quién puede estar en tu contra?

Cuando Jesús es tuyo, tu sufrimiento te llevará a la gloria. Jesús completó la larga pesadilla de Su sufrimiento. Ahora es exaltado a la diestra del Padre en gloria, y su deseo es que todos los que creen estén con Él y vean Su gloria (Juan 17:24). Tu sufrimiento no durará para siempre. El llanto dura una noche, pero la alegría llega por la mañana. El apóstol Pablo, que sufrió mucho, dijo: «Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada» (Romanos 8:18).

A través de Su obra consumada en la cruz, Jesús compró un futuro de alegría eterna para todos los que crean en Él. La fe descansa en la obra consumada de Cristo. Es natural que sintamos que debemos contribuir de alguna manera a nuestra salvación. Pero ¿cómo puedes contribuir a algo que ya está completo? Cuando te dan un regalo costoso, no necesitas pagarlo. El regalo ya ha sido pagado. Tu parte es recibirlo con alegría.

Oración

Padre, gracias por darnos un Salvador
que no fue vencido por el sufrimiento,
sino que triunfó sobre él.

Confieso que no he terminado
lo que Tú me has llamado a hacer,
así que gracias por
la obra consumada de Jesús en mi nombre.

Tu Hijo triunfó sobre el mal en la cruz,
así que ayúdame a encontrar fuerza en Él
para mis batallas.

Ayúdame a descansar completamente
en la obra consumada de Cristo
para mi salvación y mi relación contigo.

3 p.m.
La séptima palabra

¡Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu!

*Era ya como la hora sexta, cuando descendieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena, al eclipsarse el sol. El velo del templo se rasgó en dos. Y Jesús, clamando a gran voz, dijo: «Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu». Habiendo dicho esto, expiró. **Lucas 23:44-46***

Si alguna vez has estado con una persona en el momento de su muerte, sabrás que su voz se vuelve cada vez más débil. Cuando la vida se le escapa, solo puede hablar en un susurro, y a veces es difícil saber lo que dice. Pero con Jesús fue diferente. ¡Él murió con un grito! Jesús entró triunfante en la muerte. Tenía el control absoluto, incluso en el momento de Su muerte.

La vida de Jesús no le fue quitada, sino que Él la entregó. La entregó cuando terminó Su obra de expiación por nuestros pecados en la cruz. «Yo doy Mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que Yo la doy de Mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para tomarla de nuevo» (Juan 10:17-18).

C. H. Spurgeon dijo: «Su vida era fuerte dentro de Él; si hubiera querido, podría haber soltado los clavos y haber bajado en medio de la multitud que se burlaba de Él. Murió por Su propia voluntad, “el justo por los injustos”, para poder llevarnos a Dios».

Jesús entró en la muerte triunfante, y Marcos nos dice que «*Viendo el centurión que estaba frente a Él, la manera en que expiró, dijo: “En verdad este hombre era Hijo de Dios”*» (Marcos 15:39). El centurión habría visto morir a muchas personas, pero nadie había muerto nunca como Jesús. Él era y es el Hijo de Dios.

¿Qué pasa cuando morimos?

La muerte es la separación del alma del cuerpo. Cuando Dios creó a Adán, hizo un cuerpo del polvo de la tierra y luego le dio aliento de vida (Génesis 2:7). Tienes un cuerpo y un alma o espíritu. Así es como Dios te ha creado. Tu cuerpo se descompone y un día morirá, pero tu espíritu perdura para siempre.

La Biblia describe la muerte como el corte de un cordón de plata, como si hubiera un cordón de plata que une tu espíritu a tu cuerpo. La muerte es el corte de ese cordón, y cuando eso ocurre, tu espíritu se separa de tu cuerpo. «*El polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios, que lo dio*» (Eclesiastés 12:5-7).

La muerte separa lo que Dios ha unido. Es la destrucción de tu naturaleza y por eso es algo tan extraño y temible. Pero la muerte es una separación *temporal* del espíritu del cuerpo porque Jesús resucitó de entre los muertos, y los que le pertenecen compartirán Su vida de resurrección.

A salvo en las manos del Padre

Jesús se dirigió al Padre en Sus primeras y últimas palabras desde la cruz: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen... Padre, ¡en Tus manos encomiendo Mi espíritu!*» (Lucas 23:34, 46). Toda la vida de Jesús había estado en manos de su Padre, y ahora, al morir, encomienda Su espíritu en las manos del Padre.

Cuando Jesús murió, no tenía ninguna duda sobre adónde iba. Su cuerpo permaneció en la cruz hasta que fue bajado y depositado en la tumba, pero Su espíritu fue inmediatamente a la presencia de Su Padre en el cielo. En el momento de Su muerte, Jesús pasó de la agonía de Su sufrimiento al disfrute consciente de la vida en el cielo. Él promete lo mismo a todos los que creen.

Cuando un creyente muere, su espíritu va a la presencia inmediata de Dios. Estar ausente del cuerpo es estar presente con el Señor, así que pase lo que pase con tu cuerpo, tu espíritu está a salvo en las manos del Padre. Un cuerpo puede ser devastado por el cáncer, mutilado en un accidente o incluso perdido y nunca recuperado. Pero el alma de un creyente estará a salvo en las manos del Padre.

Jesús dijo: «*Yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de Mi mano. Mi Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre*» (Juan 10:28-29).

Jesús estuvo colgado en la cruz durante seis horas y lo que logró en esas horas cambió el mundo. Él dijo: «*Padre, perdónalos*», y cuando crees en Jesús, el perdón será tuyo. Jesús dijo: «*Hoy estarás conmigo en el paraíso*», y cuando confías en Él, el cielo será tuyo.

Jesús dijo: «*Mujer, ahí está tu hijo*», y Él es el Salvador de todos los que lo buscan. Jesús dijo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*», y cuando confías en Jesús, nada te separará jamás del amor de Dios.

Jesús dijo: «*Tengo sed*», y cuando sufras, Él estará contigo. Jesús dijo: «*Consumado es*», y tú puedes descansar en Su obra completada. Jesús dijo: «*Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu*», y cuando confías en Jesús, estás a salvo para siempre.

Oración

Padre, gracias porque Jesús ha vencido a la muerte
y porque Él es capaz de guiarme a través de ella.

Gracias porque, gracias a Él,
la muerte no será una entrada al juicio,
sino una entrada a mi hogar celestial.

Señor, quiero entregarme
a Tus manos hoy.

Porque nada en mis manos puede estar seguro,
pero todo lo que está en Tus manos
está seguro para siempre.

¿Cómo obró Dios en tu vida a través de este libro?

Escríbenos: contacto@abrelabiblia.org

Sobre el autor

COLIN S. SMITH es el pastor emérito en The Orchard Evangelical Free Church, en los suburbios de Chicago, y es un miembro del concilio de The Gospel Coalition. Es autor de varios libros, entre ellos [El cielo, cómo llegué aquí: La historia del ladrón en la cruz](#) (que también es una película), el libro [El Padre Nuestro en 30 días](#) y el podcast [Una caminata por la historia bíblica](#).



Escucha el [podcast diario de Abre la Biblia](#) con el Pastor Colin Smith en la voz de Fausto González de Chávez.

Síguenos en [Facebook](#), [Instagram](#), [X](#), [WhatsApp](#) & [YouTube](#).

www.abrelabiblia.org

Si te gustó este libro, te encantará
El Padre Nuestro en 30 días.

Descarga el libro en abrelabiblia.org/libros.

